

Entre el sér y el cambio, entre el reposo y el movimiento del mundo, es necesario hacer como los niños en sus antojos, que toman lo uno y lo otro.»

«Lo uno y lo otro»: ni todo es fijo, ni todo movimiento; tal es la fórmula armónica de la verdad, que, como la virtud, no suele hallarse en los extremos, sino en el justo medio; ni en los Eleatas, ni en Heráclito, ni en los absolutismos intelectualistas que se alejan de este mundo real para perderse en el vacío de sus formulismos abstractos, ni en los empirismos pragmatistas que suponen este mundo irracional é ininteligible. En este mundo contingente en que vivimos, todo es relativo al sér y al *devenir*, lo mismo la inteligencia que las cosas; lo permanente y lo variable, la estabilidad y el cambio son realidades correlativas que se implican mutua y necesariamente; no hay seres sin actividades ó tendencias á la acción, al cambio, al movimiento, y toda acción exige un sér activo, todo cambio un sujeto donde se realicen las mudanzas, todo movimiento un móvil y un término fijo del movimiento. Y esta implicación, esta correlación de las cosas y sus cambios, que constituyen el fondo de la realidad, constituyen también la base de la lógica intelectual.

Si pues la realidad contiene no sólo movimiento sino también estabilidad, no hay desproporción entre los conceptos de la inteligencia y la realidad de las cosas; por este lado no hay dificultad en que la primera pueda representar las segundas.

9.—Pero hay más; ¿por qué la razón no ha de poder representar del mismo modo el movimiento que el sér estable? Ya hemos dicho que todo movimiento real, toda acción, todo cambio suponen un sér estable sujeto del movimiento, de la acción y del cambio; y que además el movimiento mismo se produce según leyes fijas y estables. ¿Qué dificultad hay entonces, en que el movimiento mismo de las cosas, la duración fluyente, sea representada por conceptos y formas que en sí no son movimiento? Los conceptos son

símbolos de la realidad, no la realidad misma, y no es necesario que para representarla adopte las mismas formas reales. Que una cosa son los objetos pensados, y otra las propiedades ó modos de los símbolos con que los pensamos. En la tesis subjetivista, es cierto, los modos del pensamiento han de ser los mismos modos de la realidad, *percipi = esse*; pero entonces nada es representable, ni el movimiento ni lo estable, porque nada hay real fuera del mismo pensamiento. Pero cuando concebimos el movimiento y las cosas, lo que concebimos es el movimiento y las cosas reales, no los símbolos mismos con que los concebimos. Es falso, además, que la inteligencia esté constituida por conceptos geométricos, estáticos é inertes; la inteligencia, como todo este mundo contingente, es «lo uno y lo otro»; en sí misma es actividad, tendencia á la acción, á la vida, al movimiento; ¿por qué entonces no ha de poder representar el movimiento y la vida de las cosas? Ya se conciba, pues, la realidad bajo el tipo del sér estable ó de movimiento, dese la preferencia á Heráclito sobre Platón ó Aristóteles, la inteligencia que concibe el sér ó el fieri de las cosas, es la misma; sus ideas expresan y se aplican de igual modo al sér inmóvil que al movimiento.

Es indudable que las formas lógicas del pensamiento no son las mismas de la realidad. La inteligencia es actividad incesante que analiza, abstrae y universaliza, descompone y recompone discursivamente la materia de sus representaciones, y nada semejante á esto encontramos en las cosas. No puede, pues, considerarse como un centro donde se proyectan y reflejan pasivamente las líneas y siluetas de los objetos; es actividad trabajadora que elabora los datos de la intuición, descomponiendo sus elementos complejos y rompiendo la continuidad real de los seres. La obra de la inteligencia es de disección, y toda disección es alteración y, en cierto sentido, destrucción de lo real. El mundo de los conceptos, el conjunto de las ciencias, parece ser así como una desarticulación de la realidad, presentando el aspecto

de un vasto catálogo conforme al que se van disponiendo artificial y uniformemente las piezas que componen la inmensa máquina del universo, después de haber sido ésta descompuesta y de haber quedado todas las piezas fuera de su lugar.

¿Y no habrá aquí desfiguración de la realidad? ¿Puede ser la ciencia otra cosa que un sistema de símbolos convencionales, fórmulas cómodas, útiles en la práctica, pero que debemos guardarnos mucho de mirarlas, como conteniendo la expresión de la verdad de las cosas? ¿No parece así que la lógica intelectual y la lógica de la realidad siguen direcciones opuestas? Nada de eso; es una ilusión de óptica mental confundir los dos aspectos subjetivo y objetivo de la inteligencia, los modos y formas del pensamiento con su contenido real; que una cosa son las maneras de ver y otra los objetos vistos. Cuando la inteligencia hace la disección de la realidad, cuando la somete á un proceso más ó menos largo de elaboración, no es para alejarse de ella, sino para aproximarse y penetrar más en su interior, sorprendiendo sus articulaciones y leyes que no aparecen á la simple intuición. La ciencia descompone, es verdad, las piezas que componen la máquina del universo; pero no para desfigurarla, y menos destruirla, sino para mejor examinar por dentro los detalles de su construcción y funcionamiento, para adquirir de ella una vista, no superficial y exterior, sino más clara y completa de su estructura y armonía interior (1).

No hay, pues, dos lógicas, y menos opuestas, sino una sola ley inmanente en la realidad, que á la vez es norma objetiva de la inteligencia; ésta vive inmersa en la realidad y no puede trabajar si ésta no le ofrece materia de su trabajo, porque sería un trabajo en el vacío, y un pensamiento sin objeto es inconcebible. El análisis genético del pensamiento discursivo, demuestra evidentemente cómo toda su materia está contenida y ha sido dada en una intuición real; la inte-

(1) Cfr., pág. 37.

ligencia no crea ni pone nada positivo del contenido objetivo de sus ideas; no hay ideas, no se da pensamiento sin objeto. Los conceptos de nuestra inteligencia, aun aquellos que como los primeros principios y los axiomas parecen más alejados de la realidad, son todos elaboración de un dato real; nosotros no pensamos, no podemos pensar absolutamente nada si no es con materiales de experiencia; y es fácil ver por el análisis de su contenido cómo, cuanto tienen de positivo, ha sido antes materia de intuición.

En suma, nuestra inteligencia es prisionera de la realidad, sin que de ningún modo le sea dado salir de ella. La finalidad de la razón es, pues, siempre lo real; la ciencia en formación es una orientación, una aproximación á lo real, y la ciencia hecha su posesión definitiva. El sabio, en sus concepciones, no goza de la libertad del artista en sus creaciones; le basta á éste guardar tangencias con la realidad; la ciencia debe adaptarse plenamente á ella, ó aspirar por lo menos á seguir las sinuosidades de las líneas reales. El arte expresa las maneras de ver el artista, sus estados subjetivos y personales; la ciencia expresa los objetos vistos dejando á un lado las maneras especiales de ver, su ley única es la realidad; de aquí procede su carácter esencialmente impersonal y objetivo. La verdad científica consiste esencialmente en la conformidad del pensamiento con los objetos, tan exacta, tan adecuadamente, que este pensamiento resulta idéntico en todas las inteligencias una vez puestas en presencia de estos objetos, al través y á pesar de todas las diferencias de capacidad y de gustos individuales (1).

10.—¿Y qué es lo que en las filosofías irracionistas sustituye á la inteligencia como función perceptiva de lo real? La «intuición pura» (Bergson), la «experiencia pura» (W. Ja-

(1) Cfr. P. Bourget: *Introd. á los Límites de la Biología* del doctor Grasset. Versión cast. de A. Bernabeu. S. de Jubera, editor. Madrid, 1907.

mes), prelógica, anterior á todo ejercicio de la razón y libre de toda influencia conceptual. Esta intuición, especie de sentimiento místico y profundo, adoptando las formas de las cosas, é identificándose con ellas, es la única que puede revelarnos su fondo esencialmente irracional. Por medio de ella llegamos á este fondo de la realidad, «en donde todo es continuo, indeterminado, corriente universal, de donde salen todas las cosas, impenetrable á la inteligencia y á la experiencia vulgar».

Pero semejante experiencia pura, exenta de todo elemento racional, es pura abstracción y lo más irreal que cabe imaginar; es una experiencia *de nadie y de nada*, es decir, nula, sin sujeto que experimenta ni objeto experimentado; es una visión sin ojos que vean, ni objetos vistos. E igualmente es ficción imaginativa la realidad revelada en tal experiencia, una cosa, si algo puede ser, informe, indefinida, impensable por la inteligencia é inaccesible á la experiencia real, humana; una palabra vacía y nada más. Y es que la experiencia humana, viviente, está tan saturada de inteligencia y las dos tan indisolublemente unidas, que el sacrificio de la una trae irremediamente la ruina de la otra. La intuición, en efecto, y la razón, si son necesarias para todo, no sirven solas para nada: «los conceptos sin las intuiciones son formas vacías, y las intuiciones sin los conceptos son ciegas.» El empirismo radical significa, pues, la muerte de la razón y la disolución de la experiencia misma; el nihilismo lógico y metafísico.

11.—W. James define la verdad según el pragmatismo en términos equivalentes á los de la definición clásica: «Toda experiencia (percepto ó concepto) debe conformarse á la realidad para ser verdadera»; pero los sentidos en una y otra son totalmente diversos. Por realidad entiende, no la totalidad de los seres que constituyen el universo, sino el conjunto de experiencias y conocimientos organizados en la conciencia de cada individuo, y que va enriqueciéndose por

adición de experiencias sucesivas; y la conformidad no es tampoco representativa á la manera del intelectualismo, sino finalista más bien y de adaptación psicológica de las experiencias, de modo que sirva para obtener un resultado satisfactorio desde los puntos de vista intelectual y práctico. La verdad es relativa, no á las cosas, sino á las necesidades humanas, y toda su razón de ser, así como la de las funciones intelectuales, está en satisfacerlas. La idea esencial del pragmatismo es que nosotros hacemos la verdad; puesto que no depende de las cosas, esta es obra nuestra. ¿Hay alguna realidad en sí, á la que deba adaptarse el conocimiento, si no como copia ó representación, porque este concepto del conocimiento para el pragmatismo no tiene sentido, al menos bajo otra relación cualquiera? Sin duda que en nuestra experiencia sensible é intelectual hay algo que se impone á nosotros y no depende de nuestro arbitrio; pero que esto obedezca á una realidad independiente ó á una necesidad interior, es cuestión sin interés alguno práctico y ociosa; prácticamente es lo mismo una solución que otra. Y desde luego no hay necesidad de buscar la verdad de una experiencia como tal, en la conformidad con algo que se encuentre más allá ó detrás de ella; para nosotros la realidad no es, en todo caso, sino una acumulación de nuestras propias invenciones intelectuales.

12.—He aquí definidos el significado y el valor de las ideas según el pragmatismo. Para averiguar la verdad de un pensamiento, no hay que preguntar si existe algo ó es así como lo pensamos; sino ¿para qué sirve? ¿qué utilidad puede tener en las experiencias futuras de nuestra vida? ¿cuáles son las consecuencias que de él pueden seguirse en la práctica? Siendo las ideas instrumentos de acción, su valor dependerá de su eficacia, y su verdad de la relación de las acciones que es capaz de inspirar con las necesidades y fines de nuestra vida. Por consiguiente, un pensamiento puramente teórico, incapaz de inspirar acción alguna, y sin

Influencia en el curso de nuestra vida práctica, carecería de valor, estaría vacío de sentido, no sería verdadero ni falso. No hay por tanto verdad en sí, la verdad de un juicio es relativa á nosotros, al conjunto de nuestras experiencias, de nuestras necesidades y de los medios de que podemos disponer para procurar su satisfacción; es por consiguiente tan variable como éstos: la verdad de ayer, error de hoy; lo verdadero para uno, falso para otro. El conocimiento no es copia ó representación de los objetos, como pretende el realismo intelectualista, jamás podremos saber si nuestras ideas corresponden ó no á una realidad en sí; por consiguiente, definir el pensamiento como una imagen mental conforme con la realidad, es arbitrario. Tampoco es la simple cohesión sistemática de ideas según leyes subjetivas, como afirma el idealismo. Su fin no es representar las cosas ni coordinar las ideas, sino preparar, coordinar y determinar la acción práctica. Toda afirmación capaz de inspirar acciones que traigan satisfacciones á nuestra vida, será verdadera; si no es capaz de inspirar nada práctico ó contraría las necesidades de nuestra vida, es vana ó falsa. La verdad es, por tanto, una forma de estimación, como la bondad y la utilidad; verdadero y falso son valores, como lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo agradable y lo desagradable (1).

(1) Para comprender bien la importancia de este principio, es necesario —dice W. James— habituarse á aplicarle á casos concretos; la verdad de un principio se demuestra en sus aplicaciones concretas. Sean, v. gr., las dos explicaciones contradictorias del universo el materialismo y el teísmo. Coloquémonos en este mundo real en que vivimos, y la cuestión entre el materialismo y el teísmo es profundamente práctica. El programa de nuestra vida será muy distinto, según que el mundo sea combinación de átomos movidos por leyes eternas, ó según que le creamos gobernado por la Providencia de Dios. En el primer caso, «el hombre caerá en el abismo de la nada, y todos sus pensamientos y aspiraciones perecerán...; nada de cuanto existe será bueno ó malo, mejor ó peor, á pesar de cuanto el trabajo, el genio, la piedad y el sufrimiento de los hombres, han podi-

El universo, para nosotros, se reduce, real y prácticamente, al conjunto de experiencias personales, y la inteligencia tiene como objeto exclusivo organizarlas en armonía con las necesidades de la vida práctica; el mundo es, pues, nuestra obra personal, nuestras son las experiencias, nosotros las organizamos libremente en vista de las necesidades, y nosotros las vivimos. Este empirismo subjetivista y personal constituye una de las notas salientes del pragmatismo; es un antropocentrismo absoluto, en que todo, Dios, el mundo, la vida y el pensamiento son interpretados desde el punto de vista exclusivamente práctico y humano: el hombre ó, mejor dicho, la conciencia del hombre, es el centro de referencia y la medida de las cosas.

La ciencia humana debe ser interpretada desde el mismo punto de vista utilitario y práctico, como andamiaje instrumental de adaptación de la vida construido por nuestro espíritu según las necesidades. Las concepciones teóricas de las ciencias han ido formándose y sido adoptadas unas con preferencia á otras en razón de su utilidad y usos prácticos, y sólo desde este punto de vista debe apreciarse el valor de las construcciones científicas. Las nociones y los principios teóricos de las ciencias lo mismo que los axiomas prácticos reciben su sentido y su importancia únicamente

do arrancar al mundo durante épocas innumerables. Todo, absolutamente todo, será pasado y muerto, enteramente desaparecido de la esfera y del dominio del sér». Pero si Dios existe y gobierna el mundo, el fin de éste es cosa muy distinta, hay una garantía y salvaguardia de un orden ideal. Podrá el mundo perecer, pero nosotros pensamos que Dios guarda en Sí mismo el Ideal, y que lo realizará de otro modo; de modo que allí donde El interviene, la tragedia es siempre provisional y parcial, y el naufragio y la disolución no son el último fin de las cosas. Esta necesidad de un orden moral eterno es una de las más profundas de nuestra alma. El materialismo significa que el orden moral no es eterno, corta nuestras esperanzas últimas; el teísmo, por el contrario, representa la afirmación de un orden moral eterno, y da libre curso á la esperanza: luego el primero es falso y el segundo verdadero. (*Ibid.*, pág. 468 y sig.)

de su utilidad, no siendo en definitiva otra cosa que hipótesis ó postulados provisionales, cuya justificación depende de las adaptaciones sucesivas á la experiencia y á la satisfacción de las necesidades. ¿Por qué asentimos á la creencia de que todo fenómeno tiene su causa? Por una necesidad de la vida, porque tal creencia es útil y necesaria para la previsión de las experiencias futuras. ¿Cuál es la razón del principio de identidad ó de no contradicción? La necesidad de coherencia y armonía de nuestro espíritu en todas sus experiencias y en su vida interior. En todo caso, la creencia en los principios y axiomas y en su necesidad la formamos nosotros por exigencias subjetivas y personales, no por intuiciones racionales y objetivas.

En resumen; la concepción de la naturaleza funcional é instrumental de la inteligencia constituye uno de los caracteres principales del pragmatismo; las ideas son *útiles* lentamente elaborados por nuestra inteligencia para adecuarse de la naturaleza. Saber, para el pragmatista, es adaptarse al medio, y nada más; y la verdad de un conocimiento depende del éxito de esta función capital. La verdad es personal y relativa á las necesidades humanas, y toda su razón de ser está en satisfacerlas; esta satisfacción es el criterio último de verdad. No hay por consiguiente verdad absoluta, cada uno crea sus verdades en función de sus propias necesidades. Y como las necesidades varían con los individuos, según la raza, las tradiciones, el temperamento y el medio de vida, de aquí que la verdad esté igualmente sujeta al cambio y á la evolución de los hombres y de las cosas: lo que es verdad para un individuo es error para otro, la verdad de ayer error de mañana. Las ideas, las creencias, las teorías, la ciencia humana en general son como los instrumentos, útiles, y por tanto verdaderos tan solo temporalmente; su utilidad y verdad cambian con las circunstancias, el medio, etc. (1).

(1) Cfr. L. J. Walker: *L'Evolutionisme dans la théorie de la connaissance et de la vérité.*—*Rev. de Phil.* Sep.-Oct. de 1911, p. 417-467.

14.—No es cosa fácil formular en pocas líneas un juicio acabado sobre un sistema de ideas tan complejo y poco coherente. De filosofía tiene la menor cantidad posible; todo el sistema consiste en generalizar un procedimiento que cada uno aplica espontánea y constantemente en la vida; en erigir como criterio absoluto, el vulgar de juzgar comúnmente el árbol por sus frutos, al hombre por sus obras, las ideas por sus consecuencias y aplicaciones, todo, en fin, por sus resultados.

El pragmatismo ha nacido como protesta contra las exageraciones del intelectualismo; pero una exageración ha traído la exageración opuesta. Ha recogido el fondo esencialmente escéptico, este denominador común de las filosofías negativas del siglo XIX, para echarse en brazos de un dogmatismo irracional y práctico; los instintos ciegos, las tendencias irracionales que brotan del fondo de nuestro ser deben aceptarse como norma reguladora, como criterio último del pensamiento, de la realidad y de la vida. Y en esto de hacer tabla rasa de las concepciones intelectuales y de las leyes del pensamiento para atenerse exclusivamente á la práctica, hay que convenir en que no ha sido muy práctico ni consecuente. Hay en nuestro espíritu una necesidad fundamental de justificar nuestras tendencias y nuestras acciones, de subordinarlas á los principios teóricos y dictados de la razón, de establecer la armonía entre el pensamiento y la vida; y, precisamente, el pragmatismo rompe esta armonía mutilando la razón á quien toca establecerla, ó subordinando la razón á los instintos y tendencias irracionales, que por sí solos no pueden originar sino desorden y anarquía. De tal modo está la práctica dependiente de la especulación ideal, que no se puede negar ésta sin debilitar é introducir la perturbación en la primera; el pensamiento es quien da la norma y un sentido á la acción; los hombres de principios, de convicciones ideales son también los grandes hombres de acción; por el contrario, el escepticismo en el pensamiento se traduce necesariamente en anarquía de la

vida; esto es lo que prácticamente nos enseña la experiencia: los ideales son fuente fecunda de progreso y bienestar, la falta de ideales acarrea fatalmente la paralización de las energías y la muerte de los individuos y de los pueblos. Porque el hombre no es un mecanismo de energías é instintos inconscientes; como sér racional, debe razonar su vida subordinándola á los principios ideales, y estos principios son los que deben poner orden en la confusión de tendencias y pasiones que brotan del fondo de su sér, orientándolas á los fines humanos; lo contrario es desracionalizarle y convertirle en una máquina estúpida.

15.—Pensamos para vivir, dice el pragmatista, no vivimos para pensar; por consiguiente, la vida debe ser el criterio único y norma del pensamiento. ¿Pero, acaso el pensamiento en sí mismo no es vida, y el que da su valor y significación á la vida total, y no responde á la necesidad de verdad, la más imperiosa de nuestro espíritu? ¿No es mutilar las aspiraciones más legítimas de nuestra alma el reducir la inteligencia á simple mandataria de los instintos irracionales? Porque en último término, si la razón especulativa no es quien debe dar la norma á la vida, habrá que buscar la norma fuera de ella y colocar en el mismo plano y conferir los mismos derechos á las tendencias nobles y legítimas que á los caprichos é instintos brutales; ya no habrá, en efecto, criterio posible con que hacer la selección de unas y otras; procediendo todas de nuestra naturaleza, todas deberán ser igualmente legítimas. Porque la práctica dice lo que es, no lo que debe ser; y en cuanto hechos lo son igualmente el bien y el mal, la virtud y el vicio, su discernimiento estriba en principios ideales. El pragmatismo es, en realidad, un sistema basado en el culto del hecho; es una filosofía del éxito que puede ponerse al servicio del bien ó del mal, de la virtud ó del crimen. El pragmatismo resulta ser así un instrumento que puede ponerse al servicio de todas las teorías y todas las creencias sin ser ninguna, es

decir, el escepticismo en el pensamiento y el anarquismo en la práctica; su objeto, desde el punto de vista intelectual, es conducirnos allí donde queremos ir. Nada de verdad objetiva que se imponga al individuo; la verdad es lo que nosotros deseamos que sea. Libertad absoluta de creer y pensar; supresión de toda disciplina considerada como estrechez de espíritu y una tiranía; la disolución completa del pensamiento y de la vida humana (1).

16.—Hay en las afirmaciones y en la dialéctica especial del pragmatismo, un ambiente de nebulosidad sofística, de imprecisión de ideas, y, sobre todo, una fraseología tan equívoca y con frecuencia fuera del uso vulgar y corriente, que hace que sus proposiciones, aun siendo falsas, no puedan rechazarse en absoluto. Es indudable, por ejemplo, que no

(1) Estas consecuencias (y arguyendo así no hacemos más que poner en práctica el método pragmatista) demuestran lo absurdo del principio. Hay que hacer, sin embargo, justicia; son pocos los pragmatistas que llegan á estas consecuencias; creen muchos al contrario, que el pragmatismo es el único sistema de doctrinas que puede combatir eficazmente los escepticismos tradicionales. Los escepticismos y contradicciones de la inteligencia provienen, dicen, de que se ha supuesto á ésta naturalmente hecha para una función que no es la suya, cual es la de especular sobre la realidad de las cosas; cámbiese la función, y aquéllos desaparecen. Indudablemente que desaparecen los escepticismos intelectuales; pero para sustituirlos por un escepticismo radical, con la supresión de la inteligencia misma y de sus leyes lógicas: inteligencia, verdad, realidad, en la nueva sustitución de valores han desaparecido. «La refutación del escepticismo, fundada sobre los principios pragmatistas, es más profunda, más radicalmente escéptica que el mismo escepticismo. Sin duda que no niega con tanta insistencia la posibilidad del conocimiento humano; antes al contrario, le afirma con vehemencia, aunque entendiéndole á su manera pragmatista. Pero, en realidad, va más lejos que el escepticismo tradicional, por cuanto niega no solamente nuestra capacidad para adquirir la verdad en el sentido ordinario de la palabra, sino hasta la tendencia á buscarla.» Cfr. L. J. Walker: *Théorie de la connaissance et de la vérité*. Art. de la *Revue de Phil.* Sept. de 1911, p. 435.

hay inteligencia pura, que toda ella está compenetrada por las tendencias de la voluntad y del sentimiento, y que el ejercicio de sus funciones está determinado por las necesidades y fines prácticos. Pero si el conocimiento está condicionado por las necesidades subjetivas y por fines extraintelectuales, en sí mismo es obra propia y exclusiva de la inteligencia puesta enfrente de la verdad de las cosas; conocer es ver, y todos los esfuerzos del querer son impotentes para hacernos ver lo que no hay, ó para impedirnos ver lo que hay en los objetos cuando éstos se muestran con plena evidencia. El conocimiento de la verdad, una vez percibida, es independiente de la voluntad y de toda condición personal, se impone á nosotros de una manera necesaria; depende de nosotros el orientar la mirada en éste ó aquél sentido, el abrir ó cerrar los ojos; pero, una vez abiertos y fijados en un objeto convenientemente iluminado, no somos libres para verle ó no verle, ni para verle de distinta manera de como aparece. Nosotros no fabricamos la verdad á la medida de nuestros deseos ó caprichos ni de nuestras necesidades; se impone á nosotros, y contra nosotros. «El día, dice Fouillée, en que, con sólo querer, pudiera el astrónomo ver al extremo de su anteojo una estrella nueva, la astronomía habría acabado» (1). La ciencia, como la verdad, ó no existe, ó es objetiva é impersonal; suponerla dependiente exclusivamente de la libertad y condiciones subjetivas es destruirla. Si la verdad es creación libre del hombre, y la realidad sólo contiene las experiencias personales, si enfrente y fuera de las conciencias personales no hay un mundo objetivo común que se ofrece é impone el mismo á todas ellas como medida de su verdad, entonces nada de verdad objetiva y científica; cada conciencia es un mundo cerrado é incomunicable; la verdad y la realidad son relativas á la conciencia de cada individuo, limitándose una y otra á expresar sus estados subjetivos.

(1) *La Liberté et le Déterminisme*, p. 12.—Alcan. París, 1895.

La inmanencia del conocimiento trae consigo, quiéranlo ó no los pragmatistas, la inmanencia de la acción y de la vida total, cerrando todas las puertas de comunicación posible con el mundo real; y el *solipsismo*, además de ser un insulto al sentido común y á la ciencia, es la posición más ridícula que el filósofo puede adoptar en la interpretación de la conciencia y de la realidad.

17.—Otra afirmación capital del pragmatismo es su concepto de verdad, que identifica con la utilidad. La verdad de una proposición se juzga por sus consecuencias, y su criterio último debe buscarse en las satisfacciones de todo orden que aquéllas nos proporcionan. He aquí otra fórmula equívoca, que puede tener sentido aceptable referida á la utilidad puramente intelectual y aun moral, á satisfacer las exigencias de verdad y de bien de nuestro espíritu; pero que, extendida, como lo pretende el pragmatismo, á todas las consecuencias y á las necesidades de todo género, es absolutamente falsa. Si se trata de las consecuencias lógicas, es indudable que, cuando éstas son absurdas ó inmorales, demuestran la falsedad de la proposición de donde derivan. La verdad no puede contradecir á la verdad. En lo que este principio pragmatista tiene de aceptable no es, pues, nuevo, sino de todas las filosofías y del sentido común: es la demostración *ex consequentiis* y *ad absurdum* de la lógica tradicional. El error pragmatista está en haber extendido su aplicación á todas las consecuencias útiles, elevando á la categoría de absoluto y universal el criterio práctico de que se sirven los hombres en la vida ordinaria, cuando sólo tiene valor relativo. El utilitarismo elevado á criterio lógico es tan falso como el utilitarismo moral; el éxito no justifica ni la moralidad de las acciones, ni la verdad de las ideas (1).

(1) La verdad es un bien; es útil para la inteligencia; pero, ¡cuántas veces amarga nuestra existencia! ¡Cuántas veces el hombre recto de corazón y de inteligencia se ve obligado á sufrir las consecuen-